

EL DESTINO DE ORIÓN

Después de 20 años, la Quinta Guerra terminó. La Nueva Dinastía ascendió al trono tras la victoria de los Inmortales. A lo largo de la historia había habido otras 4 guerras entre toda la población de Orión. La primera fue entre razas y terminó con la abolición de la Primera Dinastía Inmortal y el final de la Era Hostil. A partir de esa, las cinco razas convivieron en paz y en igualdad de privilegios. Las siguientes 3 guerras se debieron a conflictos por territorio.

El problema llegó cuando los Inmortales empezaron a ganar poder. Ellos siempre habían sido los más respetados, incluso después de que dejaron de ser los gobernadores, y se aprovecharon de eso. Usaron su antigua reputación para actuar como si fueran más poderosos o importantes que los demás y, en vez de pararse, les dejamos. En el momento en que alguien empieza a comportarse como si fuera mejor que tú, no le detienes. De hecho, comienzas a creer que de verdad lo es. Los Inmortales obtuvieron autoridad porque el resto les permitimos tenerla. Y, cuando ya era demasiado tarde, decidimos luchar. Habían formado un gran ejército en la clandestinidad gracias a la relevancia que les habíamos dado cuando no la tenían.

Yo nací en los primeros años de la guerra. Me pasé la vida atendiendo a clases de preparación para ser soldado, como hacíamos todos los Humanos. Mi generación creció con la única idea y objetivo de ir a la batalla. Desde pequeños nos enseñaban las características de los Inmortales y nos explicaban su cometido: restaurar la sociedad de la Era Hostil.

Esta sociedad estaba estructurada en cinco clases sociales según las razas.

En lo más alto se encontraban los Inmortales, nacidos con el Poder de la Eternidad, que les hacía capaces de vivir durante siglos, y por ello se había considerado que, debido a que contaban con más experiencia, eran los más aptos para reinar.

Inmediatamente después, estaban los Jueces, que poseían el Poder Igualitario. Con su magia mantenían el equilibrio de todo, pero habían acabado volviéndose corruptos. Ellos gestionaban el sistema judicial y ostentaban altos cargos, normalmente como consejeros o guerreros.

En el medio de la pirámide, los Creadores, detentados del Poder de Creación. Poseían la capacidad de construir o crear cualquier cosa, desde una mesa a un árbol, gracias a su magia. Los más ricos eran comerciantes, mientras que los de clase baja trabajaban en fábricas.

Los Humanos íbamos siguientes, con el Poder Expresivo. Éramos seres capaces de expresar y transmitir emociones a través del arte. Nuestra raza nunca desarrolló mucho su habilidad, y trabajábamos de cara al público o en oficios sencillos. Solo algunos conseguían vivir de la creación artística.

Finalmente, se encontraban los Naturales. Su Poder de la Tierra les convertía en los mejores agricultores y ganaderos, ya que su magia favorecía el cuidado de los recursos que nos daba la naturaleza.

* * *

Necesitaba escribir. Necesitaba urgentemente un papel y un lápiz. Una nueva idea me había venido a la mente de repente. "Eso es motivo más que suficiente para saltarme la clase" pensé, así que en vez de girar a la izquierda como debería haber hecho, me di la vuelta de regreso a casa para escribirla lo antes posible en el primer papel que encontrara. Eso era algo que me pasaba muy a menudo. Me abrumaba la rutina en la que vivía, trabajando con el único objetivo de cumplir los 17 e ir a la guerra. Me frustraba no poder estudiar lo que quisiera, como me habían contado que se hacía antes, porque mi propósito era acabar siendo una guerrera en un ejército que luchaba por una causa perdida. Era inútil pelear por algo que no íbamos a conseguir. No deberíamos tener esperanza en ganar una guerra a la que llevábamos veinte años retrasando su final. No deberíamos seguir empeñándonos en dedicar nuestra vida a algo que solo iba a traer más y más muerte. Al final, los Inmortales ganaron y solo habríamos conseguido su enemistad y muchas personas a las que echar de menos. Por mucho que las otras cuatro razas lucháramos juntas, era imposible ganar esta guerra.

Con los años, había aprendido a callarme mi opinión, ya que cada vez que decía eso delante de mi hermana, cinco años mayor, esperaba a regañarme y a repetirme su historia del honor y la esperanza.

Llegué a mi habitación, cogí un papel que había en la mesa y comencé a escribir. Esta vez hablé sobre la impotencia que sentía al saber que no iba a poder dedicarme a la literatura. Siempre había querido ser escritora, y aprovechaba mis pocos ratos libres para escribir. Algunas veces con la intención de desahogarme y soltar algo que me preocupaba, pero otras simplemente dejaba que mi mente contara cualquier historia, llevándome lejos, a lugares inimaginables. Cuando hube rellenado 4 páginas y me sentía más relajada, decidí que ya era suficiente. Lo leí todo de nuevo, acerqué una vela y observé cómo mis palabras se convertían en cenizas, como hacía una y otra vez con cada novela y poema. Las pocas ocasiones en las que me habían pillado, mi familia se había enfadado, y habían intentado hacerme entender que mi deber con la nación era más importante que mis cuentos, así que mejor que nadie encontrara jamás mis papeles.

Unos minutos más tarde, oí a alguien entrar en la casa. Bajé al recibidor y me encontré a mis padres quietos con expresión aterrada. Intercambiamos una mirada y no hizo falta más para comprender lo que pasaba: los Inmortales habían ganado la Quinta Guerra.

Subí a mi cuarte, abrumada por mis sentimientos encontrados. Llevaba mucho tiempo esperando este momento, soñando con el día del fin de la guerra. Al contrario que mis progenitoras, por un lado me sentía muy contenta. Si no había guerra, no había un ejército al que servir y, aunque todo iba a ser bastante más duro a partir de entonces, por fin podría dedicarme a la escritura. Por primera vez, iba a ser yo quien decidiera qué hacer con mi vida.

El problema estaba en Austra, mi hermana. Como una de las grandes líderes de la Oposición a la Nueva Dinastía, iba a sufrir mucho. Lo que harían los Inmortales en cuanto la situación se estabilizara sería eliminar a todos aquellos que habían intentado impedir su ascenso al poder, y ella iba a ser la primera.

El ruido de la puerta de mi habitación al abrirse me sacó de mis pensamientos. Me giré para ver quién había entrado y me encontré a Austra con su habitual cara de seriedad. Llevaba el pelo negro recogido en una trenza y sus profundos ojos marrones estaban clavados en mí. No me saludó, ni siquiera mencionó el hecho de que la guerra a la que había dedicado toda su vida había acabado con la derrota, simplemente saltó:

-Boreal, mañana al amanecer me iré a la Corte Eterna de Saiph con Rigel.

Eso sí que no me lo esperaba. Me imaginaba que estaría abatida, preocupada o deprimida, que dejaría de lado su lucha y se centraría en sobrevivir a partir de entonces, no que se plantearía en la mismísima capital de Orión a saber para qué. Seguro que planeaban un último ataque.

-No es lo que piensas -dijo al ver mi cara-. Después de una reunión con la Oposición, hemos decidido que nuestra mejor opción es ir a Saiph en señal de paz y rendición. Bueno... voy a preparar el equipaje. Por favor, no le cuentes nada a nuestros padres hasta que ya me haya ido -no me dio tiempo a replicar. Salió de la habitación y me dejó otra vez sola con mis pensamientos

La verdad era que tenía miedo. Por primera vez, me daba cuenta de lo que suponía que mi hermana estuviera en un cargo tan alto, aunque no podía evitar enfadarme con los otros líderes. No era justo que Austra fuera la elegida para representar a las cuatro razas que formaban la Oposición. Además, nada iba a cambiar por mucho que saludaran a la Nueva Dinastía y les ahincaran por levantar la bandera blanca demasiado tarde. Por una vez, mi hermana podía pensar un poco más en lo que era mejor para ella, en vez de hacerlo todo por el resto del país. No estaba preparada para perder a mi hermana, y menos aún porque no tenía suficiente con haber dedicado su vida a la Quinta Guerra y ahora se le había ocurrido pasar sus últimos días defendiendo a las razas.

Me asomé al pasillo y, tras comprobar que nadie me veía, salí de casa con sigilo. Me dirigí a la mansión que ocupaba el centro de la plaza del pueblo, el hogar de Rigel.

Rigel era un chico hablador, unos años mayor que mi hermana y la pieza clave en mi plan para no perder a Austra. Llamé a la puerta y esperé hasta que el dueño me abrió. Cuando me vio, sonrió y me invitó a entrar. Sabía perfectamente a qué había ido.

A la mañana siguiente me aseguré de levantarme antes que Austra y, con las primeras luces del día, fui a despertarla. Al principio estaba confusa, pero supuso que simplemente quería ser una buena hermana en el que probablemente sería nuestro último día juntas. Cuando ya estuvo preparada, la guié hacia el carruaje que nos esperaba y supo que algo no iba bien.

-¿Y Rigel? -preguntó- Debería estar ya aquí.

-No va a venir. Venga, sube antes de que despertemos al resto de la casa. Enseguida te lo explico todo.

Ella se limitó a suspirar, deduciendo lo que había pasado.

En realidad tampoco había mucho que explicar. En cuanto me dijo que su acompañante iba a ser Rigel, un Juez, sospeché que no me iba a costar mucho convencerle de que se quedara. Puede que perteneciera a la Oposición, pero en cuanto se estableciera el nuevo régimen, le iba a beneficiar estar fuera del punto de mira de los Inmortales. Al fin y al cabo, todos nos movíamos por interés propio, un concepto que no parecía aplicarse a mi hermana. Aunque sabía que con un Juez habrían tenido más posibilidades de establecer alguna paz con los Inmortales, simplemente me negaba a dejar morir a Austra por la estúpida guerra. Había sido un acto muy egoísta, pero no pensaba dejarla ir a seguir sacrificándose por el bien de desconocidos. Nunca se sabía, a lo mejor todavía podía hacerla entrar en razón.

Pasamos la primera parte del viaje en silencio y, finalmente, decidimos hablar. Comenzó bien, una animada conversación como las que teníamos antes, pero volvimos a la discusión con la que siempre nos enfrentábamos.

-Bueno, ¿quién te iba a decir? Tú y yo, juntas en un carro de camino a la Corte Eterna de Saiph para firmar la paz con los Inmortales... -comentó Austra con una sonrisa orgullosa. Estaba claro que se pensaba que yo había comprendido su punto de vista.

-Sí. A ver, no creo que pase nada por pedirle al conductor que nos deje aquí. En estos pueblos cercanos a la capital podríamos encontrar un trabajo fácilmente. Con tus dibujos y mis novelas...

-¿Qué? -no iba a ser sencillo esto de convencerla. El orgullo se esfumó rápidamente para dar paso a la decepción. -No me lo puedo creer. Incluso después de haber vivido 16 años en guerra, ¿no eres capaz de ver la realidad?

-Claro que la veo, y parece que solo lo hago yo. El ejército de los Inmortales es dos veces el nuestro. La única ventaja con la que contábamos era el terreno escarpado en la mayoría de pueblos atacados, pero el final siempre iba a ser el mismo. Por mucho que defendiéramos, iban a acabar derrotándonos. Puede que les hayamos retrasado durante todos estos años, lo que, por cierto, solo ha hecho que muera más gente, pero no teníamos ninguna posibilidad contra ellos.

-Tienes razón, no había mucho que hacer. Sin embargo, ¿qué imagen tendrían de nosotros las generaciones venideras? Nos recordarán como las personas que, por no luchar, los condenaron a siglos de desgracia. Mejor perecer en una batalla por la libertad como todas esas personas que dices. Mejor eso que morir de viejo, sabiendo que no has hecho nada por cambiar la situación en la que vives cuando aún había algo que se podía intentar. Además, que a los Inmortales les quede claro que no les vamos a poner las cosas fáciles. Que, aunque lleguen con su superioridad, no nos vamos a someter a su mandato sin resistirnos.

Un silencio incómodo se instauró en el carruaje. El traqueteo de las ruedas por el camino y el sonido de los pájaros fuera era lo único que se escuchaba.

"Vale", reconocí "ya sí que no queda nada que se pueda hacer, está completamente convenida". Sin embargo, volví a la carga.

-Bueno, puede que todo eso tenga algo de sentido, pero no quita el hecho de que vayamos a Saiph, la capital de Orión, donde viven los Inmortales que llevas años fastidiando. No creo que se tomen nuestra visita como una posibilidad para llegar a algún acuerdo, saben que tenemos poco que ofrecer.

-Sí, sobre eso... no he sido del todo sincera contigo. No venimos a firmar la paz.

Mi hermana nunca dejaba de sorprenderme. Una cosa era pasarse de altruista y otra muy distinta meterse en el centro de poder de los enemigos para tratar de acabar con todos ellos entre dos personas. Austra siguió.

-La Oposición se ha rendido. Dicen que de hecho deberíamos huir a algún lugar lejano, a otros reinos, porque seguramente no salgamos vivos de esta.

-Pues tienen razón. Ahora mismo ellos estarán a salvo a saber dónde, y tú estás entrando a Saiph, anunciando la llegada de la persona más buscada del país.

-Sí, lo sé, pero no voy a hacer como ellos. Son todos unos interesados y unos cobardes. Iban de salvadores de las razas inferiores cuando en realidad lo único que querían era poder. Aunque siempre lo he sabido, nunca pensé que llegarían tan lejos como para abandonarnos. La gente confiaba en la Oposición a la Nueva Dinastía...

-Austra, tenemos que dar marcha atrás. Mejor que te vean como una cobarde a que directamente no lo hagan porque estés muerta.

-No. Si tengo que morir, lo haré. Es algo que tengo claro desde que ocupé este puesto. No soy como tú te piensas, una suicida que a la primera oportunidad se pone en peligro. Si arriesgo mi vida es porque creo que es probable que no me pase nada. Yo voy a seguir adelante con mi plan, el cual considero que tiene bastantes posibilidades. Si quieres, te lo cuento y me ayudas, o si lo prefieres bájate ahora y busca a alguien que te lleve de vuelta o que te indique dónde poder publicar tus novelas. A esta distancia de la capital y con tu habilidad para escribir, no vas a tener muchos problemas.

El silencio que sucedió a su propuesta no fue incómodo como el anterior. Esta vez me sentía a gusto, feliz de que alguien por fin reconociera y dijera en alto lo que llevaba años pensando. Austra iba en serio con lo de bajarme y dedicarme a la escritura, pero duete. Normalmente habría decidido cumplir mi sueño, sin embargo, no podía dejar a mi hermana sola con todos los Inmortales. Además, no quería que nuestro último momento juntas fuera una discusión, la misma que a lo largo de los años nos había ido separando.

-No, me quedo. Cuéntame ese plan que tienes.

* * *

Unas horas después, llegamos a Saiph, la capital de Orión y la ciudad donde estaba la Corte Eterna, sede de la Nueva Dinastía. Cuando el conductor nos dijo que el viaje había terminado, salimos del carro, asombradas por lo que veíamos. Nos encontrábamos en una calle llena de personas, todas ellas vestidas con ropa elegante. La mayoría eran Inmortales (fácilmente reconocidos por su piel pálida, cabello azul y alta estatura), pero también había un gran número de Jueces (bajos, cabeza grande y cuerpo pequeño) y Creadores (manos regizas, pupilas enormes y sin pelo).

Los edificios eran altos y blancos con decoraciones azules, cada uno con una arquitectura diferente. Había escrito algunos relatos ambientados en la capital aunque la imagen que yo tenía de ese sitio no podía compararse con la realidad.

-Beneal, es por aquí -Austra me agarró del brazo y se dirigió a una de las calles perpendiculares a la principal mientras repasaba el plan.

Seguimos un rato callejeando hasta que llegamos a la famosa Corte Eterna, el lugar desde donde en el pasado se habían tomado las decisiones importantes y que ahora, tras unas reformas a lo largo de la guerra, habían vuelto a adoptar como sede del

gobiernos. Se trataba de un enorme palacio negro. Todo allí, desde los ladrillos a las ventanas de cristal tintado, era de ese color.

La entrada estaba custodiada por dos Jueces que nos abrieron las puertas nada más vernos. Sin mediar palabra, uno de ellos nos hizo unas señas y nos guió por el palacio.

Durante nuestro largo recorrido por la fortaleza, en el cual pude contemplar todos los salones, pasillos y comedores, intenté recordar todo lo que sabía sobre la Nueva Dinastía.

Según me habían contado en una de las pocas clases teóricas que impartían, los Inmortales se agrupaban en diferentes dinastías, organizadas entre ellas en una pirámide de privilegios. La que había tenido un rol más importante en la Quinta Guerra era la Nueva Dinastía, que, encabezada por el ahora rey Xean, había asumido el poder. El problema para ellos y la ventaja para nosotras era que se trataba de una familia muy antigua. La mayoría eran muy ancianos, (lo que les había ayudado a tener más autoridad), y en realidad las decisiones eran tomadas únicamente por Xean, el más joven.

Después de haber pasado por decenas de estancias, nuestro guía se paró delante de una puerta negra con grabados plateados en las esquinas y saludó a los dos guardias que se encontraban enfrente de ella. Estos se dieron la vuelta para situarse de cara al portón y lo abrieron, cada uno tirando de una hoja.

Ausha entró y yo la seguí. En cuanto estuvimos las dos en la sala, la gran puerta se cerró detrás de nosotras, dejándonos encerradas en el salón del trono, solas ella y yo con el rey Xean de la Nueva Dinastía.

Él era un chico alto y de piel clara. Su cabello azulado le caía por los hombros sobre una túnica negra. Se notaba que era bastante más joven que los anteriores gobernantes, pero el hecho de serlo no le hacía mostrarse más alegre o flexible: su expresión era seria y su mirada tenía un brillo de malicia.

-Bienvenidas a Sciph - saludó. - Llevaba tiempo esperándoos. Antes de que intentéis algo, sabed que, aunque parezca indefenso, estoy armado - señaló a una espada enfundada que llevaba atada a la cintura - y con hablan un poco más alto de lo normal, mis guardias entonan y no dudarán en mataros si yo así lo ordeno. Pero no creo que eso suceda, ¿verdad? Tomad asiento.

En ese momento, solté todo el aire que había estado conteniendo y me permití observar el lugar mientras caminaba hacia dos butacas colocadas unos metros enfrente del trono negro donde él estaba sentado. Al contrario que las otras habitaciones del palacio, la sala del trono era luminosa y colorida. Las paredes laterales estaban enteras cubiertas con pinturas que representaban escenas de la historia de los Inmortales. El techo era una vidriera de distintos colores, al igual que la pared frontal.

Mi hermana tomó asiento y yo la imité, temblando de miedo. Me obligué a centrarme. No podía estar con la cabeza en otras cosas o dejarme llevar por el pánico. Teníamos un plan que no saltaría adelante sin mí.

Ausha se puso a hablar de un supuesto trato. No sé qué le ofreció, mi mente se encontraba en otro lugar, demasiado ocupada repasando lo que tendría que hacer a continuación como para atender a la conversación. Después de un buen rato que pasé vagando por mis pensamientos, volví a la realidad al ver que tanto mi hermana como el rey se levantaban de sus asientos.

- ¡Perfecto! - exclamó él -. Y, tal como hemos acordado, vayamos a firmar el tratado - se dirigió a una mesa donde había unos papeles y empezó a escribir -. Ahora tendrás que poner tu firma aquí en representación de las otras cuatro razas.

Ella comenzó a andar. Metió la mano en su bolsillo y, como había planeado, sacó una bolsita de tela. Se tapó la boca y la nariz con un pañuelo y la abrió tras comprobar que yo también lo había hecho. No vi nada cuando vació el contenido, pero en teoría acababa de esparcir unos polvos que resultaban letales si se respiraban directamente, la única arma que no requería violencia para acabar con el rey. Tardaban unos segundos en hacer efecto, durante los cuales iban matando poco a poco de manera imperceptible a todo aquel que los inhalara. Luego, dejaban de ser nocivos, permitiendo a quien los echara escapar sin sufrir daños.

Mi hermana siguió andando, a una velocidad perfectamente calculada. Ya estaba casi al lado del rey cuando él, que parecía muy concentrado escribiendo, se giró. Nos vio a las dos con pañuelos en la cara y se dio cuenta de que algo pasaba. Se tapó la boca e intentó escapar, pero se desplomó. El veneno había funcionado. Ausha sonrió debajo de la tela, feliz de haber cumplido con su cometido después de tanto tiempo y, en el momento más inesperado, Xean se levantó con la espada en una mano y se la clavó a ella en el estómago. Ambos cayeron al suelo. Mi hermana con la sonrisa aún plasmada en el rostro, ahora libre del pañuelo que se había saltado al caer. Él, moribundo pero vivo, gracias a haber dejado de exponerse a los polvos en el último momento.

Me quedé paralizada, no podía pensar con claridad. Lo único que había en mi mente era la incertidumbre de qué pasaría a continuación.

A lo mejor me daba tiempo a huir. Estábamos al nivel del suelo, así que romper la vidriera y escaparme no parecía tan mal plan. Quizás consiguiera encontrar un hogar en algún pueblo lejano y pudiera ser escritora ahora que la guerra había terminado. A los Inmortales no les ocurriría nada al ver a su rey un poco malherido. Seguro que tenían los mejores curanderos y, en unos pocos días, el nuevo gobernante de Orión estaría perfectamente. Continuarían sus planes de restablecer la antigua sociedad, por lo que nada me impediría seguir mi sueño si conseguía mantenerme en el anonimato.

Me disponía a coger una silla para romper la ventana cuando recordé todas las conversaciones que había mantenido con mi hermana, todas las veces que ella me había reprochado el ser demasiado egoísta y no pensar en los demás. Todas las ocasiones en las que me había recordado que, si tienes la oportunidad de cambiar algo que no está bien, debes hacerlo. Al final, había fallecido. Pero había cumplido su misión, había abandonado este mundo haciendo lo que estaba bien, lo único por lo que estaba dispuesta a morir.

Dejé la silla y me dirigí hacia el rey. Sin mucha dificultad, le quité la espada de las manos y terminé con su vida de la misma manera que lo había hecho con la de Austa. Las dos personas más influyentes en Orión en los últimos años yacían muertas en el suelo.

Después de todo, acabé haciendo lo que más había criticado. Abandoné la esperanza de poder cumplir mi sueño para que el resto de Orión tuviera una oportunidad. Me convertí en una de las personas que, ya sea en la vida real o en los libros, lo daban todo por salvar al resto. Y ahí fue cuando pude entender a mi hermana y a todos esos héroes. Me di cuenta de que nadie hace nada completamente por puro altruismo. Si mueres o arriesgas tu vida por algo, siempre se trata de un acto que te beneficia a ti mismo. Cuando decidí no bajarme del carro o maté a Xean, no lo hice porque quisiera el bien mundial, fue simplemente porque no iba a poder vivir sabiendo que Austa había muerto para nada y que había tenido la oportunidad de hacer algo por lo que ella habría estado orgullosa y no la había aprovechado.

Todos esos personajes también lo habían hecho por interés propio. Habían muerto porque, como todos, son egoístas y prefieren no estar aquí a estarlo sabiendo que no han intentado ayudar. Al final, cada uno se mueve por interés propio, la diferencia está en los valores y los principios de cada uno.

En ese momento, dejé de ver a mi hermana como una sacrificada que no pensaba en ella misma porque solo tenía ojos para los demás. Empecé a pensar en Austria como una persona más que, al igual que el resto, hacía lo que le venía mejor ~~su vida~~ y con lo que era feliz.

Salí de la Corte Eterna con una única idea en mente; que el mundo se enterara de que mi hermana había matado al rey. Que, aunque sólo había hecho lo que le beneficiaba a sí misma, había salvado a todo Orión.